

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos y cubiertas de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número inmediato la continuacion de todas estas obras.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

María Margarita Dreux de Aubrai, marquesa de Brinvilliers, ha sido una de las mugeres mas célebres por sus crímenes y por el suplicio con que terminó su vida. La igualdad ante la ley es no solo un principio de equidad, sino la mas poderosa garantía de las costumbres, del honor y de la seguridad de las familias. Si el padre de la marquesa, en lugar de recurrir al medio arbitrario de una prision por una orden cerrada del rey para hacer cesar unas relaciones adúlteras, hubiese invocado la sola autoridad de las leyes, que en su calidad de magistrado debía conocer, el caballero de Santa Cruz no hubiera aprendido durante su mansión en la Bastilla la composicion de aquellos terribles venenos de que el mismo teniente general civil fué la primera víctima. Temió comprometer el honor de su familia con el escándalo de un proceso regular; sus previsiones fueron cruelmente burladas.

La familia de Aubrai era, como todas las familias de la magistratura, de segundones de mediana comodidad. No se veían las grandes fortunas sino en las primeras familias parlamentarias. La señorita de Aubrai no podía pretender sino una colocacion de la clase media. Era de pequeña estatura, pero bien formada; y en su rostro dulce y sencillo respiraba á la vez la inocencia, la gracia, y era todavía mas bella que la misma belleza.

El joven marqués Gobelin de Brinvilliers, hijo de un presidente del tribunal de Cuentas, y maestro de campo del regimiento de Normandía, se enamoró vivamente de la joven Aubrai: era heredero de treinta mil libras de renta. Este matrimonio era muy superior á las pretensiones y esperanzas de la familia de Aubrai. Dejó el marqués á su joven esposa en la libertad de que él mismo queria gozar. Tuvo la imprudencia de meter en su casa un aventurero que se decia bastardo de una familia noble, y que se hacia llamar el caballero Santa Cruz, y llevaba las charreteras de capitán de caballería.

El marqués, hombre entregado á los placeres, no tenía con su muger sino relaciones de conveniencia. Pronto Santa Cruz le reemplazó completamente en el corazon de la que él habia dejado indefensa para la seducción. La marquesa, entregada toda entera á su nueva pasión, no sabia rehusar nada á su amante. La fortuna del marido no pudo bastar á tanta disipacion y desorden, y la marquesa, que habia sacrificado á su amante la fortuna de su esposo y su propia reputacion, no aguardaba mas que una ocasion para dar un escándalo. Ya habia obtenido su separacion de bienes, y desde entonces cesó de contenerse; desafió la opinion pública y las reconvencciones de su familia.

Permanecía su marido impasible y mudo testigo de su propia deshonra, pero el padre de la marquesa, justamente ofendido con los desórdenes de su hija, hizo arrestar á Santa Cruz en

el coche mismo de su adúltera cómplice, y lo hizo encerrar en la Bastilla.

Con todo, no tuvo bastante prudencia ó crédito para detenerle allí mas de un año.

Santa Cruz intimó durante su permanencia en la Bastilla con el italiano Exili, hábil en la composicion de los mas sutiles venenos, y que parecia haber heredado funestos secretos de

el caballero Santa Cruz, se estableció en la casa de Mad. de Brinvilliers, que pronto fué su discípula y su cómplice. La muger adúltera va á comenzar la carrera del crimen por el mas grande y mayor de todos, el parricidio. Se ha apresurado á reconciliarse con su padre: éste será su primera víctima. Nada ha omitido para apartar las sospechas: ha renunciado á las fiestas, á



Declaracion de la Brinvilliers en la sala del tormento.

aquel florentino famoso que estaba á sueldo de Catalina de Médicis, y á quien se llamaba entonces el *envenenador de la reina*.

La importuna vigilancia de los carceleros, la falta de los instrumentos y de las materias necesarias, no permitieron sin duda al maestro mas que iniciar á su discípulo en la teoria de su arte infernal. Pero puesto en libertad á poco

los espectáculos, á las brillantes reuniones, afecta la mas fervorosa devocion, no frecuenta sino las iglesias, los hospitales y los oratorios mas célebres de los devotos. Una relacion íntima se establece entre ella y el receptor Penautier, tesorero general del clero.

Hace sobre los pobres enfermos, á quienes aparenta asistir, los primeros ensayos de los

venenos fabricados á su vista por su amante y el italiano Exili: ninguno de los enfermos á los que ha dado sus bizcochos *preparados*, ha sobrevivido á la violencia del veneno. Todos los días repetía sus terribles ensayos. Murió por haber asistido á una de las comidas que preparaba, el caballero de Güet al cabo de dos ó tres años.

Hizo otro ensayo de la misma naturaleza sobre su doncella, á quien dió una tajada de jamon; esta desgraciada no murió, pero permaneció muchísimo tiempo enferma, y jamás volvió á su antigua salud. Aquel veneno era demasiado débil; la marquesa lo hizo mas violento, y lo dió á su padre en una taza de caldo que ella misma le presentó en su casa de campo de Ofemon.

La muerte del anciano no suscitó sospecha ninguna. Su hijo mayor Antonio le sucedió en su empleo de teniente general civil en 1667: le aguardaba la misma suerte.

La marquesa había colocado cerca de él á un tal Hamelin, llamado Calzada, antiguo criado de Santa Cruz, y digno agente de tal amo. Intentó desde luego emponzoñar al nuevo teniente general civil al darle de beber, empero el veneno había puesto tan amargo el vino, que su nuevo amo no concluyó de beberlo. Calzada, sin palidecer, sin conmoverse, improvisó una excusa: se había aturdidamente, dijo, valido de un vaso en el que el ayuda de cámara había tomado una medicina. Consiguio su perdon.

Menos feliz fué Mr. Aubrai en 1670. Habia ido al campo con su hermano, consejero en el parlamento, y seis amigos: sirviéronles una torta envenenada. Desde aquella comida el teniente general civil se puso ético, y se fué consumiendo de día en día hasta que espiró á los dos meses. La autopsia hecha en 17 de junio reveló la causa de su muerte. El vil é hipócrita Calzada no fué sospechado de nada, y pasó á servir á casa del hermano de aquel, que no sobrevivió tampoco mas que seis semanas á su hermano, legando á Calzada una pension de cien escudos.

Dominada siempre por la pasion de Santa Cruz, no vaciló la marquesa en romper el último obstáculo que se oponia á su matrimonio con su amante.

Envenenó muchas veces á su marido, y siempre sin éxito. Santa Cruz, que temblaba unir su suerte á la de su cómplice, administraba todas las veces un contraveneno, y el marqués, todos los días envenenado y desvenenado, sobrevivió á su muger.

Un accidente enteramente imprevisto reveló el misterio de tanta iniquidad y tanto crimen: Santa Cruz espiró víctima de su arte infernal. Trabajaba en una nueva composicion: la careta de cristal con que se cubria el rostro para liberarse de los vapores del veneno, se le cayó, y en el instante quedó asfixiado. Nada reveló la causa de su muerte, pero no teniendo familia conocida, ni habiéndose presentado ningun heredero, el comisario de policía puso los sellos en el cuarto del difunto. Encontraron allí una cajita sobre la que se hallaba un billete concebido en estos términos:

«Ruego humildemente á los ó á las que venga á parar esta cajita, que me hagan el favor de entregarla en propia mano de la señora marquesa de Brinvilliers, que vive calle nueva de San Pablo, en atencion á que la pertenece cuanto tiene... En caso de que hubiese muerto antes que yo, que la quemen con todo lo que hay dentro, sin abrirla ni examinarla; en fin, que no se pretenda á causa de ignorancia; lo juro ante Dios á quien adoro, y por lo que hay de mas sagrado, que no diga nada que no sea verdadero. Si por ventura se contraviniese á mis intenciones, justas y razonables en este punto, yo cargo en este mundo y en el otro la conciencia del que lo hiciese para descargar la mia, protestando que tal es mi última voluntad. Dado en París el 22 de mayo de 1672.—Santa Cruz.»

Leíase debajo: *Paquete para entregar á Mr. Penautier.*

El comisario, sin detenerse ni pararse en lo que decia el billete, hizo abrir la cajita, donde se encontraron trece paquetes, cada uno con ocho sellos al menos, y en los que se leían: *papeles para quemar todo sin abrir el paquete.*

Uno de estos paquetes contenia una cantidad considerable de sublimado. En otro se hallaron muchas cartas de amor con una promesa de treinta mil francos, firmada por la marquesa en favor de Santa Cruz.

Informada la marquesa de que habia caído en manos de la justicia aquella cajita, la reclamó con las mas vivas instancias, pero sin éxito. Despues, para alejar ó al menos debilitar las sospechas de intimidad con el difunto, dió poder á un procurador para que persiguiese ante los tribunales la anulacion de la obligacion de los treinta mil francos, y se refugió á pais extranjero.

Los papeles hallados en la cajita no probaron otra cosa sino las adúlteras relaciones que habian existido entre la marquesa y el caballero, pero nada en cuanto á su complicidad en la composicion de los venenos y en su uso: un paso imprudente de Calzada reveló el horrible misterio.

Aquel criado se atrevió á oponerse á los sellos bajo pretexto de que se le debian *doscientas pistolas y cien escudos blancos* (trescientas libras) por sus salarios de siete años. La viuda del teniente general civil, que ademas tenia sospechas de que aquel criado no habia sido ageno á la muerte de su marido, lo hizo arrestar. Calzada, puesto en el tormento, confesó todos sus crímenes: declaró que Santa Cruz le habia dado el veneno para hacer perecer á los hermanos de la marquesa, y que ella no ignoraba ninguna de estas circunstancias. Fué condenado á muerte, y á romperle vivo los miembros.

Glazer, farmacéutico que habia vendido las drogas á Santa Cruz, fué tambien arrestado, y declaró que el caballero y la marquesa trabajaban juntos, y solo debió á una muy débil mayoría de votos el haberse librado de la pena capital; empero la marquesa fué condenada en rebeldía á que le cortaran la cabeza.

Retirada al pronto á Inglaterra, habia ido á buscar un asilo mas seguro á los Países Bajos, y se habia refugiado en un convento de Lieja. Descubierta su asilo, el exento de la policía, Desgrais, fué á aquella ciudad disfrazado de cura. Obtuvo del consejo de Lieja la estradicion de la marquesa, y penetró en el convento.

Agotó todos los recursos de seducccion, y consiguió su objeto. Convinieron en una partida de campo fuera de la ciudad. Acudió la marquesa á aquella cita de placer, y en el mismo momento se vió rodeada por una escuadrade arqueros disfrazados. El exento Desgrais les entregó su prisionera, y se volvió al convento, donde se apoderó de todos los papeles de la marquesa. Se encontró, dicen, en una cajita un cuaderno de diez y seis hojas conteniendo la *confesion general* de esta señora. Acusábase en ella de haber dejado de ser doncella á los siete años, de haber puesto fuego á una casa; de haber envenenado á su padre, á sus hermanos, á uno de sus hijos, y de haberse envenenado ella misma.

Cuesta trabajo concebir la existencia de semejante escrito, y sobre todo en la situacion en que se hallaba la marquesa, condenada por una sentencia que la esponia á ser presa á cada instante. Habia cambiado de nombre, de hábitos, de gustos, renunciado á los placeres de la sociedad, se habia sepultado viva en las soledades de un claustro. ¿Y hubiera podido crear ella misma un documento capaz de hacer inútiles tantos sacrificios, tantas precauciones, y llevarla al cadalso? ¡Tanta prudencia á la vez, y tanto aturdimiento! Todo esto parecia inconciliable. Mostró mas de una vez en el curso del proceso la misma preocupacion y la misma imprevisión. Debió de desconfiar de ella misma, pero es preciso convenir en que no tenia la eleccion de los medios de salvarse. Asi, mientras Desgrais visitaba sus papeles en el convento, y se habia quedado con los esbirros disfrazados, intentó romper á uno de ellos, y creyó haberlo conseguido; le confió una carta para un tal Mr. Theria: le invitaba á que la robase, á que se apoderase de la cajita que habia dejado en el convento, y á que quemase su confesion. El esbirro tomó el dinero, se lo guardó, y entregó la carta al exento Desgrais.

Sin embargo, la prision habia metido ruido, y Theria habia ofrecido mil pistolas á los esbirros de Maestrich por dejarla escapar. Mas fácil

hubiera sido por lo que esto costaba pagar una veintena de hombres resueltos y determinados, que la hubiesen sustraído á la fuerza de los ocho esbirros mal armados.

Llegada á Rocroy fué interrogada por un consejero, enviado espresamente. Lo negó todo durante su mansion en la Conserjería; escribió á Penautier, su amigo, informándole que ella lo habia disimulado todo, é invitándole á intentarlo todo por salvarla. Fué interceptada su carta: Penautier fué arrestado y conducido á la cárcel.

Careáronles á los dos, y cuando se vieron enfrente uno de otro vertieron lágrimas. La marquesa declaró que era inocente. Pero ¿cómo creer en la inocencia de un amigo, de un amigo de la Brinvilliers y de Santa Cruz? Pocos testigos fueron oídos en el proceso. La hija de un boticario declaró que un día que la marquesa se hallaba en un estado completo de embriaguez, la habia dicho enseñándole una cajita: aquí hay muchas herencias.

La marquesa habia recordado aquella imprudente exclamacion, y habia encargado al testigo que quemase aquella caja si llegase á morir. Repetia con frecuencia: cuando un hombre disgusta es preciso darle un pistoletazo en su caldo.

Recibia en su prision los cuidados y los consejos de dos sacerdotes: aconsejábale el uno que lo confesase todo, y el otro que lo negase todo.

—Puedo, decia la marquesa, hacer en conciencia lo que me agrade.

Establecieron los jueces la prueba de su culpabilidad sobre su confesion. La acusada se defendia con que habia sido escrita en un acceso de fiebre. Su abogado Nivelles demostró en un alegato que no se podia admitir como prueba la sola confesion de un acusado, segun la máxima: *Non creditur peridem volenti*. Empero á esta confesion escrita se unian las declaraciones de Calzada y otras declaraciones menos terminantes, menos directas, pero cuya combinacion decidió la conviccion de los jueces.

No se disimulaba ella la suerte que le aguardaba, y no parecia aterrada. Solicitó un día jugar á las cartas para distraerse.

Cuando entró en el cuarto del tormento, percibió tres cubos de agua.

—Esto es seguramente, dijo, para anegarme, porque con la estatura que tengo no pretenderán que beba todo eso.

El solo aparato de la sala del tormento la habia asustado de tal modo, que confesó todos sus crímenes, y reveló muchos que se habian escapado á la acusacion.

Presentamos á nuestros lectores la escena en que, aterrada á vista de los tormentos, hace su declaracion, que duró mas de una hora, al procurador general; su contenido jamás ha sido dado al público.

La lectura de su sentencia de muerte la asombró y asustó menos que el aparato del tormento: parecia preocupada de otra cosa, y suplicó al escribano que volviese á comenzar la lectura.

—Ese carretoncillo, decia, me ha llamado la atencion desde luego, y no me he cuidado de lo demas.

Lo demas era el cadalso y la hoguera. Habia intentado frecuentemente suicidarse en su prision, y lo hubiera conseguido si su primera tentativa no hubiera provocado la mas severa, la mas activa vigilancia. Resignada á la muerte, mostró el mas grande arrepentimiento, y el doctor Pirot, su confesor, aseguró que durante las veinte y cuatro horas últimas de su vida, se hallaba tan penetrada de dolor, tan iluminada con las luces de la gracia, que hubiera deseado estar en su lugar.

A falta de la Eucaristía, que se le negó, habia solicitado un pedazo de pan bendito, como se le habia dado al mariscal de Marillac: esta gracia le fué igualmente negada; pareció por ello mas afligida que sorprendida. Confiaba en la intervencion de los amigos de Penautier, y del alto clero esperaba su perdon; su marido mismo lo solicitaba vivamente: la hacia frecuentes visitas en la prision, y estaba cerca de ella la víspera de la ejecucion de la sentencia. No la abandonó la esperanza hasta el cadalso, en donde no hizo oír mas que estas palabras: *está esto bueno.*

Una inmensa multitud se apiñaba en la pla-

za de Greve y en las calles, y por todas partes se notaban muchas señoras. La marquesa reconoció algunas con las que había tenido grande intimidad, y arrojando sobre ellas una última mirada de indignación y de desprecio:

—Buen espectáculo vienen á ver, dijo.

Mad. de Sevigné era una de estas curiosas. Así cuenta las principales circunstancias de esta ejecución:

«El día 46 de julio de 1676, hacia las seis de la tarde, la trajeron desnuda, en camisa, con una soga al cuello, á la puerta de Nuestra Señora, para que hiciese retractación honrosa; despues la colocaron en un carretón, en donde la echaron á empujones sobre la paja con un justillo bajo y la camisa, un médico á un lado y el verdugo al otro. En verdad esto me hizo estremecer...

«Los que han visto la ejecución dicen que subió al cadalso con bastante valor. Yo me hallaba en el Puente de Nuestra Señora con la criada Descars. Jamás se había visto tanta gente: jamás París se hallaba tan conmovido ni tan atento...

«Dijo á su confesor en el camino que hiciese poner delante de ella al verdugo, á fin de no ver *aquel bribon de Desgrais que me ha preso*. Su confesor la reprendió por este sentimiento de odio, y le dijo: ¡Ah, Dios mío! Yo os pido perdón, y que me dejen esa estraña vista... Subió sola, con los pies descalzos, sobre el cadalso, y en un cuarto de hora fué arreglada, rapada, vuelta y revuelta por el verdugo. Esto causó una grande murmuración, y fué una gran crueldad. A la mañana siguiente se buscaban sus huesos, porque el pueblo se había empeñado en que era una santa... En fin, la cosa quedó concluida; la Brinvilliers quedó en el aire; su cuerpo fué arrojado despues de la ejecución en una grande hoguera, y sus cenizas esparcidas al viento, de modo que la respiramos, y por la comunicación de las partículas tomáramos sin duda algun humor emponzoñador de que todos nos asombráramos.» Esta última frase es penosa de leer en Mad. Sevigné, y por honor á ella misma debieron haberla suprimido sus editores.

¿Mad. de Brinvilliers tuvo mas cómplices que la Calzada y Santa Cruz? Esta pregunta ocupó largo tiempo al parlamento, pero ha quedado legalmente sin resolver.

El receptor general, Penautier, había adquirido una fortuna rápida y colosal. Su intimidad con la marquesa y el caballero ¿era desinteresada? No se puede creer.

Todo el alto clero, el arzobispo de París, solicitaron en vano su libertad despues del suplicio de la marquesa, y aun se aseguraba con el tiempo que el procurador general guardó un oficioso silencio sobre las revelaciones que le habían sido hechas por la marquesa en la larga y misteriosa conversacion que tuvo al ver el tormento.

Muchos criados de la marquesa de Brinvilliers habían sido arrestados, y no fueron puestos en libertad sino despues de la muerte de su señora. Penautier, como era muy rico, logró al cabo de algun tiempo su libertad. El mariscal de Granmont, uno de los talentos de la corte de Luis XIV, había previsto el fin de este negocio. Penautier era muy rico y tenía poderosos protectores.

—Saldrá bien, decía el mariscal, pero tendrá que suprimir su mesa.

La química, que despues ha hecho tan inmensos y rápidos progresos, se hallaba entonces poco adelantada. Los venenos cogidos en la cajita de Santa Cruz fueron sometidos al análisis de una porción de doctores, cuya relacion no ofrece ningun resultado satisfactorio.

«El veneno de Santa Cruz, dicen, ha pasado por todas las pruebas, ha sobrepujado al arte y á la capacidad de los médicos, y se burla de todas las esperiencias. Ese veneno nada sobre el agua, y experimentado al fuego no deja sino una materia dulce, inofensiva. En los animales se oculta con tal arte y destreza, que no se le puede conocer. Todas las partes del animal son sanas y vivas, al mismo tiempo que hace correr un manantial de muerte. Ese veneno artificioso deja por do quiera la imagen y las huellas de la muerte.»

Se ha reconocido recientemente, casi con las

mismas propiedades y los mismos síntomas, el veneno de Cartaign, empero su naturaleza no ha escapado á las investigaciones de la química moderna.

La marquesa de Brinvilliers fué juzgada por el parlamento. Sufrió su sentencia el 47 de julio de 1676.

Los envenenamientos se multiplicaron con una horrible progresion en 1677 y 1678, y solo por decretos de 7 de abril de 1679 pudo contenerse algo por el establecimiento de la cámara real del arsenal, que se llamó *la Sala de venenos*.

LEONARDO EL JOYERO

O LAS DOS MOMIAS.

Cualquier viagero á quien sus negocios ó el gusto llaman á Bayona, tiene la costumbre de admirar por el pronto la feliz posición de la antigua capital de los vascos, asentada sobre las encantadoras orillas del Nive y el Adour; no deja despues de extasiarse ante aquellas imponentes fortificaciones debidas al genio de Vauban, é ilustradas por el famoso sitio de 1844; pasea á lo largo de los baluartes en aquellas magnificas *Alé marinas* adornadas de tan hermosas piedras talladas, y que llena todos los domingos una muchedumbre elegante y bella; sobre todo es curioso visitar á las horas del flujo y reflujo aquella misteriosa gruta en donde los patrones de los barcos, los poetas de aquel punto y las olas del Océano vienen á estrellarse, soñar y dormir á la vez.

Despues de estas vistas tan fecundas en impresiones (estilo de viagero), si ocurre la idea de visitar los tres cuarteles de la ciudad formados por los dos rios, se encontrarán tambien curiosidades mas ó menos dignas de atención. La mas notable es una tienda de joyería situada á la mitad de la calle de España, y cuyo mostrador ostenta brillantes alhajas de oro y de plata, adornadas de una pedrería que podría confundirlas con las de las mas hermosas tiendas de París y de Burdeos. Hasta aqui nada sale del órden natural de las cosas: concíbese fácilmente que un opulento platero trate en Bayona como en todas partes de eclipsar á sus rivales; pero lo que no se comprende tan fácilmente es un grupo esculpido en relieve, colocado encima de la puerta de la tienda, y representando los atributos de la platería sostenidos en la apariencia por dos figuras egipcias, tan secas y negras, que desde su primer aspecto es imposible no reconocerlas por dos verdaderas momias. Hace algunos años que un sabio discípulo de Champolion, pasando por Bayona, halló tan estraño aquel monumento, que le pareció que necesariamente debía encerrar un sentido misterioso, á falta de signos geroglíficos, que el joyero ó sus amigos solos podían explicárselo.

Esto es lo que le contó una persona digna de crédito, y que estaba muy enterada de todas las aventuras de *Leonardo el Joyero*, porque tal es el nombre y el título inscrito en letras de oro sobre la muestra encarnada del rico mercader.

Hace diez años casi que se veía todavía en Bayona á un buen viejo barquero ganar su vida en la mar ó en el Adour, en pasar á los dependientes del comercio de un muelle á otro, ó pasear por el rio á los ociosos. Tenía este barquero un hijo único, llamado Leonardo, al que destinaba por toda herencia sus redes y su barca provista de dos excelentes remos, y de un pequeño mástil pintado de verde con una vela latina. Toda la ambición del buen hombre era ver suceder á su hijo en el oficio que él había recibido de su padre. Su muger, además, ¡y qué buena muger! dividía con él su modo de vivir, y se decían muchas veces el uno al otro:

—Cuando no se tiene mas que una barquilla, es preciso no estenderse mucho. Leonardo será pescador como yo, y sus hijos pescadores como él.

Sin embargo, por una feliz derogación de sus principios, aun cuando no sabían leer ni el uno ni el otro, habían enviado su hijo á la es-

cuela gratuita de los Hermanos de la doctrina, y el niño Leonardo, listo como era, hizo tan rápidos progresos, que en poco tiempo supo leer, tenía buena letra, conocía pasablemente la aritmética y la ortografía. Sobre todo, lo que mas le llamaba la atención, eran la geografía y la historia natural, mayormente la de las piedras preciosas. Sabía de memoria todo lo que dicen los compendios que se ponen en manos de los niños, y aun cuando esto no era gran cosa para suplir á su suficiencia, se paraba frecuentemente delante de los estantes de los libreros, y encontraba allí el modo de hacer un curso gratuito de geografía sobre las cartas y mapas iluminados que tenían puestos en los escaparates.

Era claro que Leonardo podía pretender otra cosa que ser patron de un barco. Se plegó, sin embargo, á las exigencias de sus padres, que eran tambien las de la necesidad. Aprendió á manejar los remos, á dirigir el timón, á rizar y desrizar la vela, y á echar y sacar las redes. Pero despues de cierto tiempo fué fácil ver que aquella vida no le convenia; al menor pretesto esquivaba la tarea para correr ó vagar por las calles, y estacionarse delante de algun nuevo mapa del reino de Golconda, con gran riesgo de sus espaldas y de apurar la longanidad paterna.

Así iban las cosas, cuando un día pasando por el puerto vió que la fragata de vapor el Orinoco, hacia sus preparativos de marcha: este buque, procedente del Havre, había hecho escala en Bayona para reparar algunas averías, é iba á darse á la vela para Egipto.

Ya el vapor había encendido las calderas, y despedía su alta chimenea con horribles silbidos el humo, parecido á una torre del infierno, rodeándose de un negro vapor. Lejos de intimidarse Leonardo por aquel formidable espectáculo, no hizo mas que aumentar el deseo que tenía hacia largo tiempo de hacer un viaje por mar. Entreabría los ojos y seguía las ondulaciones del humo, cuando vió un cartelón impreso colgado en la popa del vapor, y con pena pudo leer estas palabras.

El Orinoco sale para Alejandria. Se necesita un jóven que sepa leer y escribir para servir en el salon y en la mesa del capitán.

Leonardo se sentía con quince años, con gran deseo de viajar, con mayor gusto todavía que remar sobre el Nive y el Adour. No fué larga la deliberación: sin tomarse el tiempo de consultar á su padre, que se hubiera opuesto á sus designios, sube por la escala de cuerda del navío, que coge ébrio de alegría como si fuese la escala de la fortuna.

Los conocimientos que poseía el jóven, y su aire abierto y franco, agradaron al capitán, que sin mas formalidades lo admitió en su servicio é hizo inscribir su nombre en el rol de la tripulación.

—Leonardo, le dijo, tendrás diez escudos por mes, y mesa. Cumple con tu deber, y no te olvides.

Algunas horas despues, el Orinoco había perdido de vista la costa francesa. La fragata, excelente andadora, y favorecida además por el viento, volaba en cierto modo sobre las olas, lo que animaba á Leonardo á entregarse á los mas hermosos sueños de su vida.

La navegacion fué de las mas felices. El buque dobló sin ningun obstáculo el cabo de Finisterre, costeó los puertos de Portugal y de España, y entró en el estrecho de Gibraltar, donde las corrientes que vienen del Este aumentaron aun la rapidez de su carrera. Pero llegado al punto de las Islas Baleares, en medio de la noche, se vió obligado á anclar, porque el viento había cambiado, y algunas de las piezas de la máquina del vapor acababan de descomponerse. Mientras el mecánico trabajaba en ponerlas corrientes, tres ó cuatro marineros fatigados del calor, porque se estaba en el mes de julio, tuvieron la loca idea de bajarse en la chalupa y echarse al agua.

Leonardo, siempre un poco travieso, no dejó de hacer lo mismo que ellos. Un silbido advirtió muy pronto á los nadadores que subiesen á bordo. Obedecen al instante y retiran la chalupa, no notando nadie la falta de Leonardo. El imprudente jóven se había separado demasiado del buque...

Cuando vió que lo dejaban olvidado dió penetrantes gritos, pero el ruido de las ruedas de vapor puestas en movimiento, impidió oírle, y el buque recobró inmediatamente su primera velocidad... Leonardo le siguió algún tiempo después con los ojos, y á la claridad de las estrellas; después no lo vió mas...

Figúrense nuestros lectores qué cosa mas horrible que semejante situación! El joven nadaba como un pez, ¿pero de qué le servía? Debían faltarle al fin las fuerzas, é iba á bajar á aquellos tenebrosos abismos donde jamás el alica había llegado al fondo, y donde los monstruos marinos mismos temen penetrar.

Ya se debilitaba su vigor y le faltaba la esperanza, cuando resignándose á su destino confió su alma á Dios; le pidió perdón de haber marchado sin haberse despedido de su anciano padre y de su madre, que le amaba tanto. Después, volviéndose de espaldas, se acostó como en un féretro sobre las olas que de tiempo en tiempo le cubrían con su espuma. No tardó en caer en una especie de letargo, durante el cual cesó de tener conciencia de lo que por él pasaba.

Pasáronse así muchas horas, cuando se sintió súbitamente cogido de los cabellos por una mano vigorosa. Abrió los ojos, y vió al sol que parecía salir del mar como de un vasto lecho teñido de oro y púrpura.

Recogido Leonardo por la tripulación de un bergantin francés que caminaba igualmente á Egipto, fué tratado con tanto cuidado, que pronto olvidó sus fatigas, pero no las angustias que había sentido al verse tan próximo á la muerte.

Llegados al puerto de Alejandria, el capitán del bergantin se apresuró á ir á bordo del Orinoco, acompañado de Leonardo. Cuando el capitán y los marineros de la fragata lo vieron presentarse delante de ellos, fresco y colorado como una rosa, cuando lo creían en el fondo del Mediterráneo, todas aquellas buenas gentes no pudieron reprimir cierto movimiento de sorpresa, y aun casi de temor.

Habiendo explicado las cosas, el amo de Leonardo, que sinceramente había sentido su pérdida, lo restableció en sus funciones, y viendo que aquel joven cada día se portaba mejor, mejoró su posición, y concluyó por tener con él una entera confianza.

Sin embargo, la buena estrella de Leonardo debía faltarle todavía una vez. En el momento en que el capitán, de vuelta de un viaje al Cairo y á San Juan de Acre, se disponía á volver á Francia, cayó enfermo, y murió de una fiebre tifóidea que desolaba entonces á Alejandria.

Lloró Eduardo á tan buen amo, y no pudiendo resolverse á servir de nuevo después de semejante pérdida, imaginó comprar con el producto de sus economías algunas mercancías de Egipto que pudiese vender con provecho en el litoral de la Francia.

Hizo, pues, diversas compras de azúcar, arroz, café procedente de Moka, dátiles, algodón, y halló el medio de asociarse con un mercader de Marsella para el flete de un buque mercante, en el que se embarcaron los dos.

Aun no habían perdido de vista la punta de la pirámide de Cheops, cuando un violento golpe de viento los recibió en el mar y los arrojó á las desiertas playas de la antigua Libia, donde desembarcaron en una pequeña *avra* muy abrigada. Leonardo y su asociado bajaron á tierra para explorar aquella costa, y ver si la arena contenía esmeraldas, como había oído decir á algunos viajeros; pero sobre aquella arena abrasada por el sol no hallaron nada mas que la sombra de algunas *dunas*, donde se sentaron para descansar.

El ruido monótono de las olas que se estrechaban sobre la orilla, y su cansancio, hizo dormir pronto á Leonardo. Tendido sobre la arena tuvo entonces un sueño maravilloso en que le parecía que recogía sobre la playa diamantes, rubíes, zafiros, topacios, esmeraldas, toda clase de piedras preciosas, mezcladas á las mas hermosas perlas de Oriente. Pero al despertarse, no solo se habían fundido en sus manos todas aquellas riquezas, sino que el buque que llevaba su pacotilla se había largado, y lo vió á lo lejos sobre las olas semejante á un punto negro, dispuesto á desaparecer tras del horizonte.

Su pérfido asociado, juzgando que tendría mas provecho vendiendo toda la carga por cuenta suya, había cedido á la tentación. Viendo á Leonardo profundamente dormido, se había apresurado á volver al navío, y en seguida lo había hecho darse á la vela, haciendo creer á la tripulación que su asociado acababa de ser devorado por una leona.

Abandonado sobre una costa desierta y sin recurso alguno, Leonardo no se desanimó; no perdió la débil esperanza que le quedaba de recobrar su hacienda y vengarse de la perfidia del mercader, porque sabía que este voluntariamente le había abandonado en aquellos salvajes sitios.

Marchó lleno de resolución hácia el Sudeste: sus recuerdos geográficos le indicaban esta dirección como la del Egipto. Durante el día se guiaba por el sol, y durante la noche por las estrellas, porque en aquellas soledades que se pierden de vista por su extensión, no hay camino alguno para dirigirse. Cuando no podía mas por cansancio, sueño, hambre y sed, se reanimaba con la esperanza de encontrar por último alguna palmera cargada de dátiles, algún arroyuelo de agua clara y cristalina, bordada de un poco de yerba. Algunas veces se realizaba su sueño, pero las mas sus ojos se engañaban por el *mirage* ó ilusión, que es tan frecuente en el desierto. En lugar del oasis engañador que descubría á lo lejos, no hallaba mas que arena y sol.

Lo que mas le asustaba es que por las huellas que hallaba de trecho en trecho, conocía el frecuente paso de animales feroces por aquellos desiertos. Bien pronto tuvo ocasión de ver confirmados sus temores.

(Se concluirá.)

MISCELANEA.

EL oso.—La familia de los osos se halla esparcida en las montañas mas elevadas de la Europa, del Asia, y del norte de la América, encontrándose algunos tambien en varios países llanos,

y cualquiera que sea el número de los agresores, lejos de huir, los acomete con bravura.

El oso pardo es el que abunda mas en las montañas de la Europa, y aunque no es tan temible como el oso gris, hay que tener mucho cuidado para cazarle, porque es un animal muy diestro y muy peligroso, y sabe muy bien disimular su astucia.

Los pies del oso son muy estimados en algunos pueblos del Norte, pero su carne es bastante mala, y lo que mas se aprecia es su piel, que se vende muy fácilmente para gorras de pelo y otros usos.

Los osos no comen carne únicamente, sino que les gustan tambien las frutas, las castañas, y sobre todo la miel; así es que cuando encuentran una colmena la devoran con tal avidez, que lo comen todo, miel, cera, y hasta las abejas que no tienen cuidado de escaparse pronto.

Durante una gran parte del invierno, el oso refugiado en su caverna, después de haber engordado bien, pasa el tiempo en dormir ó en lamerse las plantas de los pies, lo cual le ayuda, según parece, á pasar sus meses de abstinencia.

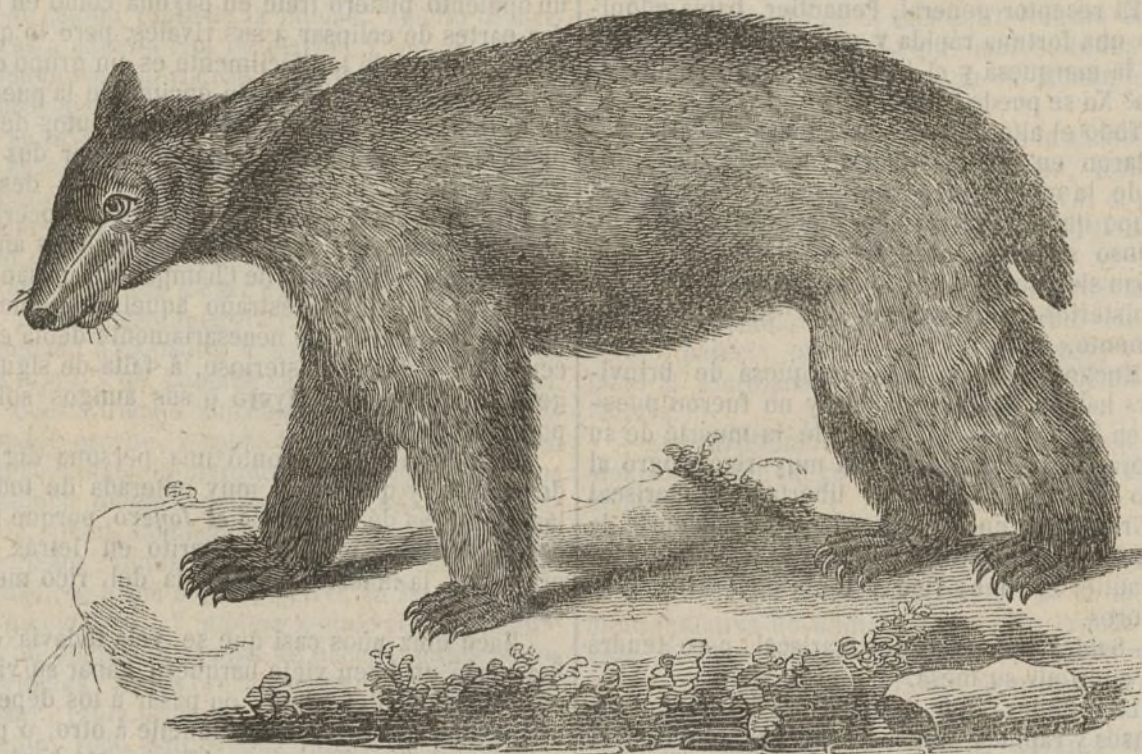
En algunas regiones de las Indias Orientales existen osos negros, grandes como un perro de presa, y que no carecen de cierta viveza.

El oso blanco que, como ya hemos dicho, habita las regiones polares, es incontestablemente el mayor de todos. En 1596 el viajero Barents trajo de las regiones del Polo como trofeo de su viaje, las pieles de dos de estos animales que mató, y una tenía doce pies de largo, y la otra mas de once.

UNA SESION DEL CONSEJO DE MINISTROS.—El príncipe de Talleyrand, saliendo un día de una sesión del consejo de ministros, que había sido muy larga y se suponía muy importante, se encontró cara á cara con uno de esos cortesanos indiscretos que creen poder sin cumplido hacer preguntas.

—Y bien, señor príncipe, ¿que ha pasado en el congreso?

—Se han pasado cuatro horas, caballero, respondió tranquilamente el diplomático.



Oso negro.

donde hay grandes bosques que les sirven de retiro.

Cuatro clases de osos se conocen, que son el gris, el pardo, el negro y el blanco, que no se halla mas que en las regiones polares y habita en las riberas del mar.

El oso gris es el gigante de su especie; se le encuentra en las selvas mas espesas de la América del Norte, junto á los lagos; tan feroz como fuerte, ataca intrépidamente á todos los animales, y vive en la mas completa soledad. Muy valientes deben ser los cazadores que se le atreven, porque se irrita mucho con las heridas,

UN HUSAR ARQUEÓLOGO.—Habiendo encontrado un húsar una inscripción en letras de bronce en un monumento antiguo, las arrancó con la mayor paciencia una después de la otra, las puso todas juntas en un cesto, y las envió á un anticuario amigo suyo, suplicándole que le hiciese conocer la inscripción que contenían.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.